

Mesa de conversación “¿Quién piensa la crisis? El rol del intelectual público frente a los conflictos actuales”

Participan: Alfredo Jocelyn-Holt
Maribel Mora
Jorge Babul

Modera: Jennifer Abate

Jennifer Abate: Primero que todo, muchas gracias. Les quiero dar la bienvenida a esta primera mesa de conversación que va a ser transcrita para la edición de la Revista Anales del segundo semestre que edita la Vicerrectoría de Extensión y Comunicaciones de la Universidad de Chile. Esta primera mesa se llama “Chile ¿Quién piensa la crisis? Rol del intelectual público frente a los conflictos actuales”. Le quiero dar las gracias a los académicos que comparten hoy con nosotros esta conversación, al profesor Jorge Babul, Doctor en Bioquímica, Profesor Titular de la Universidad de Chile en el Departamento de Biología de la Facultad de Ciencias y quien actualmente se desempeña como Director del Programa Académico de Bachillerato del mismo plantel; al profesor Alfredo Jocelyn-Holt, Doctor en Historia y académico de la Facultad de Derecho y de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, quien ha sido profesor visitante de la Universidad de Cambridge, Roma 3, Salamanca y Chicago y autor de varios libros; Maribel Mora, poeta y Profesora de Estado en Castellano, doctorando en Estudios Americanos de la USACH y directora de la Oficina de Igualdad e Inclusión de la Vicerrectoría de Asuntos Estudiantiles y Comunitarios.

Para comenzar esta conversación quisiera plantearles un par de preguntas frente a las cuales todos van a tener una cierta cantidad de tiempo para responder. Me gustaría que partiera Maribel. ¿Cómo evalúan el rol que han tenido los intelectuales chilenos de cara a las crisis institucionales y de confianza que ha vivido nuestro país en los últimos años? Y la segunda pregunta: ¿de qué manera creen que ellos deberían contribuir a complejizar el debate público?

Maribel Mora: *Mari Mari com pu che, iñche Maribel Mora Curriao piñen, iñche mapuche-pewenchengen, iñche kimeltuchefe ka kümenirife.* Buenos días a todos, soy Maribel Mora Curriao, de origen mapuche-pehuenche, soy profesora y escritora. Me presento primero en mapudungun, que es mi lengua madre, la lengua del origen de toda mi familia y me presento en mapudungun porque desde ahí hablo y desde ahí he hecho también mi carrera académica, literaria, y mis incursiones políticas y culturales. Desde este lugar de la condición mapuche que me nombra pienso en el intelectual como un

rol necesariamente público porque el decir desde el pensamiento, desde el intelecto, desde lo que nosotros analizamos, necesariamente tiene un impacto en la sociedad. Respecto a la pregunta específica sobre el rol que han tenido los intelectuales en el contexto actual en Chile, por cierto que veo una deuda respecto al lado desde donde me sitúo, que es el lado del pueblo mapuche, y lo digo específicamente porque en este país, además de toda la crisis social y política, hay una crisis que tiene que ver con cómo nos entendemos como país. Un país que ha sido formado a partir de naciones que preexistían a la república y que en el discurso actual no se hace cargo de esas situaciones. El pueblo mapuche fue anexado, como se dice en términos históricos, a la República de Chile recién a fin del siglo XIX, y ese es un punto no menor a la hora de pensar la república, porque es un pueblo que se incorpora, porque es un territorio que se incorpora con posterioridad a la creación del Estado, por ejemplo. Entonces cada vez que se pone en la palestra el tema de los intelectuales echo de menos este tema, porque tiene que ver con cuestiones políticas fundamentales, tiene que ver con cuestiones de la formación de la nación.

Si no pensamos la formación de este país, de este Estado, difícilmente podemos ir resolviendo los temas posteriores. Creo que remirar el siglo XIX es una obligación histórica en este momento para poder pensar o proyectar cambios efectivos que involucren una nueva forma de ser chilenos, si es lo que queremos, una nueva forma de ser mapuches desde nuestro lugar. Y desde ese punto de vista los intelectuales mapuches, que también es un concepto discutido entre nosotros mismos, nos hemos dado la tarea efectivamente de remirarnos y repensarnos en el contexto de este país que es Chile y en el contexto de otro país donde también está parte de nuestro pueblo, que es Argentina, y repensarnos y remirarnos en lo que ha sido esta trayectoria social, política, desde fines del siglo XIX hasta ahora, y repensar cómo nos vamos a proyectar hacia adelante.

Desde ese punto de vista nuestro rol de intelectuales está más o menos claro, es un rol bastante asociado a las cuestiones políticas, culturales y sociales de nuestro pueblo. El rol del intelectual público chileno creo que ha sido un poco más débil en el sentido de que, como digo, no se ha hecho cargo de cuestiones fundamentales, de fondo, que es efectivamente repensar este país a la luz de todo lo que ha ocurrido hasta ahora, pero pensando también en qué es lo que queremos y no solamente quedarnos en un diagnóstico lastimero respecto a una sociedad en crisis, respecto a una moral en crisis, respecto a una serie de cuestionamientos, a la probidad, pero qué es lo que queremos más allá de todos estos cuestionamientos, hacia dónde queremos que vaya este país, cómo lo pensamos. Siento que hay una ausencia de proyecto político, proyecto social, que desde el lado de la intelectualidad parece mucho más evidente, incluso desde el punto de vista político, donde se puede llenar de muchas palabras y promesas el discurso. Y desde ese punto de vista el

llamado es más bien a concentrarse en cuáles son estos elementos que nos nombran como país, que nos dicen lo que somos, mirarnos a nosotros mismos, remirarnos, analizar esta sociedad en la que estamos viviendo. Creo que esos son los elementos fundamentales. La segunda pregunta...

Jennifer Abate: La segunda pregunta es ¿de qué manera creen que los intelectuales públicos debieran contribuir a complejizar el debate público?

Maribel Mora: Uno de los roles fundamentales del intelectual, decía Giorgio Agamben, es precisamente hacer el diagnóstico de la sociedad, y creo que mientras más crudo es ese diagnóstico más nos sirve para poder avanzar. Pero un diagnóstico no puede quedarse solo en eso, es necesario hacer algún tipo de propuesta, de proyección, los intelectuales necesariamente tenemos un punto desde el que estamos mirando, tenemos ideología, tenemos creencias religiosas, tenemos partidos políticos en algunos casos, y desde todos esos lugares, desde todos esos elementos que nos conforman como personas, hacemos una investigación y ninguna investigación es tan objetiva que pueda dejar fuera todos esos elementos que están internalizados en nosotros. Pero también desde ese lugar atravesado por todas nuestras propias creencias y convicciones tenemos una responsabilidad social enorme, y creo que con esa responsabilidad social tenemos que mirar la situación actual para poder proyectarla en un futuro.

Jennifer Abate: Gracias, profesora Mora, Profesor Jocelyn-Holt.

Alfredo Jocelyn-Holt: Buenos días, muchas gracias por la invitación. Yo tiendo por lo general a restringir la definición de intelectual público, de lo contrario entramos a una serie de vaguedades que me parece que podríamos evitar. Me da la impresión de que esto del intelectual público es un fenómeno moderno ante todo. Podríamos rastrearlo al siglo XVIII probablemente, a lo que Habermas y otros han señalado como el principio de la opinión pública, la creación de espacio público; pero, además, con nuevas técnicas de discusión, de intercambio de opiniones, concretamente en los periódicos, por ejemplo. Me parece que ese es un punto que hay que tomar en cuenta.

En segundo lugar surge de una demanda al margen de las instituciones establecidas que se vinculaban con el mundo de las ideas y del conocimiento, concretamente. No surge de las universidades. Me parece que ese es un punto fundamental a tomar en consideración. Por lo mismo, la postura en general de los intelectuales es ser críticos del poder, y eso explica en parte su desvinculación con las instituciones como las universidades, que estarían más cercanas al mundo del poder. Ellos, en

cambio, apelan a la opinión pública. También hay que hacer un alcance que puede ser de utilidad, adicional a la definición instrumental anterior. No pienso que todo el mundo tiene que estar de acuerdo en esto, es como yo lo veo y es la tipificación que a mí me ha servido: que el intelectual no es un ideólogo. Su propósito es explicar, entender la realidad y hacerla comprensible a un público general, culto. Pero no me parece que lo suyo sea necesariamente un rol ideológico, es decir, exponer las ideas con el objeto de cambiar la realidad por tratarse de un diagnóstico crítico. Me parece entonces, por lo tanto, que por un lado el intelectual público está a medio camino de lo que podría ser un académico tradicional del mundo universitario, sujeto que proviene del mundo medieval, y por el otro lado está a una cierta distancia también de los ideólogos que pretenden movilizar a partir de diagnósticos críticos suponiendo una capacidad de movilización a la acción de parte de las ideas. Creo que por lo tanto lo suyo es un lugar bastante incómodo. Es un lugar y es un rol que se plantea desde la incomodidad y genera una incomodidad mutua respecto a las instituciones y los partidos políticos, frente a la iglesia (tiene mucho que ver con el laicismo), con respecto al orden establecido tanto en su dimensión política burguesa como en su dimensión económica también burguesa y capitalista. Me parece que su rol es estar entre medio y así es como cumple esa función.

Ahora, sobre la pregunta de qué rol han tenido los intelectuales chilenos de cara a las crisis institucionales y de confianza que ha vivido nuestro país en los últimos años, bueno a mí me parece que la última vez que tuvieron un rol importante – haciendo un balance crítico- fue a finales de los años 90. Estoy pensando en personas como Tomás Moulian, Marco Antonio de la Parra, Gabriel Salazar, Manuel Antonio Garretón, José Bengoa, Armando Uribe y otros, entre los cuales me incluyo, todos trabajando, escribiendo libros. Fue bastante sorprendente. Estos libros tuvieron tremenda acogida y difusión, tiradas que hoy día no se alcanzan. Moulian alcanzó como 24 mil ejemplares [*El Chile actual. Anatomía de un mito*], yo con *El Chile perplejo* llegué a tener 12 mil ejemplares, y así sucesivamente. Hicimos un diagnóstico crítico de la transición, del modelo económico, del Estado, de la educación, un diagnóstico sumamente crítico. Muy severo respecto al ámbito político consensual, concretamente la transición, de nuestra historia reciente, de los amarres y proyecciones que se hacían desde la dictadura. Ese diagnóstico, además de crítico, tuvo enorme acogida en las capas más ilustradas e influyentes en este país, sin embargo, en el gobierno de Lagos se nos castigó severamente, algunos lo pasamos bastante mal. Fuimos expulsados de universidades por órdenes políticas, se nos vetó en distintas instancias, específicamente en la televisión, se cerraron muchas puertas, se nos sacó de algunos diarios en los que escribíamos, fue muy duro.

Ahora bien, el 2011 yo noto el mismo diagnóstico, sin embargo no veo ninguna novedad en las formulaciones de “intelectuales” como Alberto Mayol, Fernando

Atria y otros, que en realidad repiten y se suben al carro de estas proposiciones que se hicieron en ese otro momento anterior. Para qué decir los dirigentes estudiantiles, quienes no me sorprenden por su bagaje intelectual ni por su solidez intelectual e incluso ideológica. Gente como Gabriel Boric y los autónomos [de la Izquierda Autónoma] al principio sostenían que no eran de derecha o de izquierda, y cuando se les decía que eso era ser fascista miraban al techo no sabiendo de qué se les estaba tildando. Por lo tanto me llama la atención eso, y noto una diferencia muy grande.

La diferencia está en que en la crisis del 2011 hay un plus que no teníamos hacia fines de los años 90, ni que tampoco pretendiéramos: cierta capacidad de movilización, de agitación, de activismo en estas propuestas de estos nuevos ideólogos, por lo cual a mí me parecen que son más ideólogos que intelectuales públicos. Esto es un arma de doble, triple filo, pero que explica por qué este otro momento más reciente tuvo más impacto político que el que podríamos haber tenido nosotros a fines de los años 90. Insisto en que nuestro propósito en dichos años no era cambiar la realidad sino crear mayor conciencia y eso lo logramos, al punto incluso de proyectarse en el discurso más actual de estos ideólogos que se llaman a sí mismos intelectuales y son entendidos como intelectuales, pero que son mucho más militantes, políticamente correctos, sirven de caja de resonancia y resultan más efectivos en términos de movilización y activismo. Una diferencia, pues, muy notable.

Sobre la manera en que deberíamos contribuir a complejizar el debate público, todo depende de la calidad del diagnóstico y del discurso de los intelectuales públicos. En la crisis del 2011 el grado de complejización por parte del discurso es nulo. Lo que me llama la atención de este otro momento es la capacidad de convocatoria, pero no la calidad del discurso. Es muy difícil recordar algún libro, publicación de peso comparado con los libros que aparecieron a fines de los años 90 o incluso durante la época de la dictadura militar hacia atrás. Son textos de ocasión que se olvidan muy rápidamente. No conozco ningún libro equivalente al trabajo que se ha estado haciendo por intelectuales públicos europeos como Žižek, por dar un solo nombre.

Jennifer Abate: Gracias, profesor. Le damos la palabra al profesor Jorge Babul. Antes de eso quisiera tomar un par de conceptos. Uno lo establecía la profesora Mora: “hacerse cargo de un cierto estado de las cosas como un rol de los intelectuales públicos”, y por parte del profesor Jocelyn-Holt: “decir que esto parte de la opinión pública”, y esto lo planteo para introducir al profesor Jorge Babul, quien en los últimos años ha hecho una fuerte campaña pública a favor de una mayor consideración del Estado y los organismos privados de la investigación científica en Chile.

Jorge Babul: Muchas gracias. Me hubiera encantado presentarme en árabe, pero desgraciadamente mi padre tuvo que dejar el colegio a temprana edad para alimentar a nueve de sus hermanos y por lo tanto él entendía el árabe y no lo hablaba y eso lo lamento. Digo esto porque la situación es bastante compleja: Chile tiene la población palestina más alta del mundo y si uno empieza a considerar otros orígenes como constituyentes del país que vivimos, uno encuentra que los límites entre las naciones son hasta por ahí, no más. Yo en los tiempos que he estado fuera de Chile me he dado cuenta que uno se enamora del lugar donde se esfuerza. Yo estudié mi doctorado fuera y cuando voy a esos lugares siento un cierto cosquilleo parecido a aquel que siento cuando voy a sentarme a la roca donde escribía mis cartas de amor a los 18 años. Y esto por qué lo digo. Porque en la actualidad, y a propósito del tema que estamos tratando, también tenemos esta costumbre de poner etiquetas o fijar límites a cosas que en realidad nosotros se las hemos puesto y así como se las hemos puesto se las podemos quitar. Porque me costaría mucho a mí definir cualquier cosa, hasta un tenedor, porque originalmente uno hace algo con un fin pero ese algo puede ser utilizado para otras cosas. Sobre el tema del intelectual, veo que por lo que se ha dicho hasta el momento se relaciona más con algo que tiene que ver con las humanidades y las ciencias sociales, que son cosas más de todos los días, el comportamiento de la gente, cómo se asocian y entienden, y no se ve a los científicos como intelectuales porque trabajan en cosas como escondidos, y esa es una deuda que tenemos los científicos con la gente en general, que no somos capaces de explicar la importancia de lo que hacemos aun cuando estamos ahí y se ven todos los días.

Entonces así como hay límites en las naciones que quizás no debiera haber, hay límites en las disciplinas que nosotros hemos inventado para avanzar en el conocimiento en general. Es muy difícil avanzar en el conocimiento, hemos subsidiado el conocimiento en parcelas y cada uno en su parcela avanza y ahora estamos ante el gran desafío de integrar todo lo que cada uno ha avanzado. Entonces el mismo sentimiento tengo con respecto a los intelectuales, quizás todo aquel que cultiva algo es un intelectual en un área del conocimiento. Yo no me había visto involucrado en una conversación de este tipo y eso muestra que existe una necesidad de juntar a personas que tienden quizás a un mismo fin, pero desde disciplinas muy diferentes, y que pueden utilizar las mismas palabras pero con significados distintos. No existe la costumbre de interacción. Uno de los propósitos que yo persigo dentro del Programa Académico de Bachillerato, justamente, a mediano y largo plazo es la integración del conocimiento con el convencimiento de que si nosotros exponemos a nuestros estudiantes, hijos, etc., a una gran variedad de disciplinas y al modo dentro de cada una de las disciplinas, uno avanza en el conocimiento, uno tendrá personas diferentes.

Quizás si tuviera que definir en pocas palabras qué siento, yo siento que todo el mundo se preocupa hasta de la punta de su nariz y eso me desespera. Algo anda mal y eso tiene que ver con las preocupaciones de las personas, que están muy restringidas a lo personal y a quizás a su círculo íntimo, la familia, y hay poca gente generosa con su tiempo que tiene que ver con lo que a mí me gustaría que un intelectual hiciera: despejar el camino, sacar la bruma, permitirle a la gente ver más adelante. Eso lo podríamos lograr con la visión que se obtiene desde las distintas disciplinas, mirar la vida con diferentes cristales porque se puede ver de otra forma, y tener esa experiencia es algo democratizador, porque permite penetrar en un terreno que no está permitido, ya sea intelectualmente o un estudiante que quiere una carrera y no puede. Además tiene otro efecto relacionado con la tolerancia, pero no vista como aguantar al otro, del tolerar al otro, sino de verdaderamente otorgarle a su cosmovisión, a la manera que tiene de ver el mundo, un espacio dentro de la realidad y llegar a decir: “tú, que piensas tan distinto mí, por eso te necesito desesperadamente”, y a uno le gustaría bajo ese punto de vista no solo permitir la diversidad, sino que fomentarla.

De manera que yo lo junto ahora con lo de crisis, y mirado desde el punto de vista científico, las crisis suceden cuando hay cambios de paradigmas o visión de mundo si lo miramos desde el punto de vista de las ciencias sociales. Cuando ya la situación no da más, tenemos que cambiar. En ciencia, cuando uno obtiene el resultado y trata de congeniar esos resultados con ciertos modelos y ve que muchas de las cosas que se están haciendo no son capaces de ser explicadas con esos modelos, uno se ve con la obligación de cambiar el modelo. Entonces aparece la crisis en el sentido de que lo antiguo ya no es válido, como decía Gramsci, y pasa uno por un interregno en el cual no hemos dejado lo antiguo, pero no hemos llegado a lo nuevo y estamos en una situación de inestabilidad. Pero como he dicho algunas veces la madurez es vivir en un estado de inestabilidad. Y el científico está acostumbrado a eso, porque uno está preparado a que el siguiente experimento le diga: “oiga, las cosas no son como uno creía”, y eso es muy dinámico. Entonces nosotros estamos acostumbrados a vivir en inestabilidad, pero en general lo que la gente quiere es saber lo que va a pasar, digamos, si alguien entra a una casa se va a encontrar con el living, no con una piscina. En general a la gente le molesta el no predecir lo que va a suceder. Nosotros, desde la ciencia, estamos acostumbrados a que el día de mañana las cosas no sean como uno pensaba. Por lo tanto, lo que para uno es crisis es muy distinto a lo que la ciudadanía ve como crisis. Entonces introducir, meter dentro de la sociedad estas ideas, esta flexibilidad, esta apertura, obviamente que va a tener como consecuencia la disminución de la tensión.

Para terminar, decir que en general nosotros técnicamente somos capaces de mucho y si nos dan tiempo suficiente vamos a resolver muchos problemas. Pongo

el ejemplo de la persecución de este meteorito por diez años y llegar ahí mejor que en un horario del Transantiago es una cosa magnífica que podemos lograr y podemos llegar a Marte y muchas cosas. Pero donde fallamos es en las relaciones entre nosotros, y bajo el punto de vista de lo que decía Jennifer, de estas luchas que nosotros tenemos porque se le dé un lugar importante a la ciencia como pilar fundamental del desarrollo, tiene que ver con esto, los diagnósticos están ahí, quizás el calentamiento global está allí, que tenemos que hacer fuentes diferentes de energías a las convencionales, que quizás tenemos que darle valor agregado a las cosas que tenemos, que el cobre se va acabar etc., todo el mundo está de acuerdo en eso. Donde no estamos de acuerdo es en la manera para resolver esos problemas, y la manera de hacerlo tiene que ver con las relaciones entre las personas, no hay confianza entre las personas. Y yo creo que la única manera de generar confianza entre las personas es el trabajo conjunto, conocer al otro, pero para eso tengo que vaciarme en el otro con toda mi experiencia para que el otro me pueda entender y desaparezca la fricción, que lo único que tiene como resultado es calor, no trabajo útil para poder avanzar en los problemas que nos aquejan.

Jennifer Abate: Gracias, profesor Babul. Quisiera darles un espacio en torno a lo que sus compañeros panelistas han planteado. Me gustaría saber si quieren responderse de alguna forma o plantear temas en torno a lo que se ha conversado hasta ahora.

Alfredo Jocelyn-Holt: Un aspecto que me llamó la atención escuchando al profesor Babul es que por supuesto que ha habido otras personas que se dedican a cuestiones del intelecto, pero no necesariamente son intelectuales públicos y eso es un fenómeno mucho más reciente. En efecto, no es lo mismo un Bertrand Russell que un Newton, eso hay que tenerlo en consideración.

En otro aspecto, las etiquetas suelen encasillar, estigmatizan y a veces también son falsas conciencias, por lo que hay que desmentirlas y falsearlas, y eso es un trabajo intelectual que se hace permanentemente. Con todo, pueden servir para entender. Son elementos de análisis y nos permiten comprender ciertos fenómenos. De ahí que exista una utilidad en distinguir al intelectual público de los académicos tradicionales, como también distinguirlo de los ideólogos y militantes que cumplen otra función. Entre los militantes, los activistas y los ideólogos hay una variante de un tiempo a esta parte muy importante en el 2011 y en las movilizaciones, y muy crucial en el mundo político actual, que son los publicistas. Poseen estos una característica especial: de que tienen clientes, trabajan para varios de ellos. Son muy contradictorios: no tienen columna vertebral y no se hacen visibles en el ámbito público; están detrás de cámaras; son estrategias comunicacionales, y son ellos muchas veces los que están haciendo las negociaciones en su calidad de lobistas

comunicacionales poniendo noticias en los medios. Son muy hábiles en ese sentido y son los que convocan, los que generan ciertos eslóganes y nociones que luego circulan. Con todo, no responden, son unos irresponsables, no dan la cara, están detrás de alguien que está dando la cara y eso no es serio. Una persona como Eugenio Tironi a veces sale a la luz pública y escribe bajo su nombre, aun cuando cada vez que lo leo en una columna trato de adivinar quién es el cliente, porque los tiene y muchos. Sería demasiado generoso aplicarle el término de intelectual público a Tironi, que parece que lo fuera, pero lo suyo es mucho más enredado. Un intelectual público tiene que estar dispuesto a dialogar, a tratar de convencer al otro y por lo tanto no puede recurrir a efectismos y tampoco puede llamar a la acción violenta, por ejemplo. Que un intelectual público llamara y dijera que hay que hacer las cosas “por las buenas o por las malas”, como Fernando Atria, por ejemplo, me parece una lógica de matoncito de barrio, no propio de un intelectual público, más afín a un ideólogo militante, a una persona odiosa.

Jennifer Abate: Gracias, profesor.

Jorge Babul: Las palabras mías son propias de alguien bastante ingenuo, porque no he participado en discusiones de este tipo, verdaderamente ingenuo desde el punto de vista nativo, no muy trabajado, y no tiene nada malo.

En el caso particular mío no me pongo etiquetas ni de intelectual ni de público, nosotros –y yo en particular- nos hemos visto obligados a salir al público por la ausencia de canales con las autoridades, y yo cada cosa que veo la pienso en una columna o en una cosa corta para el diario. Incluso hoy aparece algo que se me ocurrió de golpe al leer una carta que apareció firmada por los dos rectores de la Universidad de Chile y la Universidad Católica, preocupándose, por ejemplo, del retorno de la gente que está haciendo el doctorado afuera y no preocupándose del número mucho mayor de jóvenes que están haciendo el doctorado acá en cuanto a su inserción laboral.

Incluso, en dos o tres oportunidades he tenido que liderar salidas a la calle, que es una manera bastante estúpida a la que hemos llegado para que nos pongan atención y según los políticos es efectiva. Nosotros, como científicos, no estamos entrenados para tener una comunicación fluida con la gente, ahora estamos pensando en los programas de doctorado hacer un entrenamiento mayor e incluso para enfrentarse con periodistas, así como los periodistas debieran ser entrenados en materias científicas para poder explicarlas con mayor propiedad a la gente. De manera que esa es una falla de la institucionalidad de nuestro país, en no considerar apropiadamente a la investigación. Digo investigaciones y utilizo el término conocimiento en vez de ciencia porque creo que se está cometiendo un error al visualizar la ciencia como un

dominio de las ciencias exactas y naturales y hay que incluir a las ciencias sociales, ciencias de la comunicación, las artes y la filosofía, justamente por el daño que se produce al destruir este todo. Sería magnífico lograr su integración y yo creo que si fuéramos más científicos habría mayor número de ellos que se dedicaría a la cosa pública. Porque nosotros estamos sometidos a un sistema extremadamente perverso, nosotros, para conseguir fondos de investigación, tenemos que publicar en revistas prestigiosas, etc., esa es la única manera que tenemos de tener fondos de investigación. Y qué es lo que la juventud quiere hoy día, qué es lo que muchos queremos hoy día: que la ciencia que nosotros hagamos tenga que ver con un beneficio más palpable, por así decirlo, hacia la sociedad. Todo tiene un beneficio, pero la cosa es encontrarlo. Para mí no existe ciencia básica y aplicada, existe ciencia y aplicaciones de la ciencia, entonces en lo que fallamos es en la aplicación de la ciencia y en comunicarle a la sociedad cuáles son los beneficios de que la ciencia constituya un pilar fundamental del desarrollo, llamando desarrollo en una buena medida al bienestar de la gente, que es lo que se está reclamando ahora. De esa manera nosotros, como intelectuales o científicos, es que podríamos contribuir y ayudar a aclarar los problemas de crisis actuales.

Maribel Mora: Varias cosas. La verdad es que como decía el profesor Babul podríamos estar discutiendo horas. Es interesante. Voy a retomar algunos aspectos que se mencionaron acá. Primero adscribo efectivamente a que el rol del intelectual y esta categorización del intelectual público puede parecer un tanto estática y por lo tanto va dejando fuera una serie de elementos que podemos considerar. Tampoco me gustan las definiciones por esto mismo, por cercenar de algún modo la realidad. Creo que el término intelectual público no ha sido el mismo que nosotros estamos leyendo en este momento a través del tiempo y también varía entre las distintas instituciones, entre una persona y otra, incluso. Creo, sin embargo, que el intelectual debe ser una persona erudita, en eso estoy de acuerdo con el profesor Jocelyn-Holt, que tiene que ser una persona muy bien formada, con mucha información y que conozca al dedillo pasado y presente para poder plantear sus propias ideas fundamentadas. Yo creo que en Chile hay un problema con eso y por eso lo señalo. Si nos ponemos al nivel de otros intelectuales públicos latinoamericanos siento que acá hay una carencia importante de debate público. Son algunas personas, algunos académicos que ponen los temas, pero no hay una discusión real, académica, profunda, de estos temas. Sino que más bien son una especie de monólogos que vamos conociendo a través de distintos medios: publicaciones o la prensa, pero no hay una discusión entre estos planteamientos que sí se da en otros países latinoamericanos con mayor fuerza, como en Argentina, que sí hay discusiones teóricas y políticas a partir de las visiones de distintos intelectuales.

Respecto a lo que mencionaba el profesor Babul al principio, y que tiene que ver con los límites de las naciones, yo creo que efectivamente es un tema central que hay que discutir, porque efectivamente este es un país que se forma de una serie de grupos, de pueblos originarios que preexistían a la nación, pero también efectivamente hay una serie de migraciones, no tantas como en Argentina, pero sí las hay acá y las hay en este momento con mayor fuerza, y que hay que considerarlas, porque todos esos elementos van constituyendo las naciones, son parte de esta formación. Entonces solemos hablar mucho de naciones y nacionalismo incluso sin ver cuáles son los elementos que conforma esta nación de la que hablamos.

Creo que ahí enlazo eso con otro elemento que se puso sobre la mesa, que es el tema de la diversidad. En este país, a partir de esta misma concepción de nación unitaria, que lo dice la misma Constitución, donde la nación es una e indivisible, no se ve esta diferencia o diversidad como una posibilidad de crecimiento, sino más bien como a lo que hay que temerle. Si pensamos, por ejemplo, en el tema mapuche, inmediatamente lo que se viene a nuestra cabeza influido por los medios de comunicación es el conflicto en la Araucanía. Y la verdad es que ser mapuche es mucho más allá que un problema de tierras, de cultura, o de como sea que quieran observarlo. Son muchos elementos que confluyen y entre ellos está ser un pueblo sometido a un Estado que no lo reconoce, así como hay otros pueblos en el mundo que tienen esta misma situación, pueblos que no son reconocidos por los estados y que tienen que estar en permanente lucha por sus derechos. Creo que esa condición de pueblos colonizados es un elemento que no se ha abordado y el tema de la migración actual o de las sucesivas migraciones tampoco se ha considerado como parte de la formación de este país.

Respecto al tema de la ciencia y de la política, que es un tema que me apasiona y al que me hubiera gustado dedicarme pero que no ha sido mi área, aunque por temas del estudio mapuche he llegado igual ahí, la ciencia en Latinoamérica, sobre todo a inicios del siglo XX, tuvo un impacto bastante grande en las políticas que se realizaron, entonces creo que es necesario reconocer el rol de la ciencia en la constitución nacional de los países latinoamericanos durante siglo XX. Y no es una cosa que se me ocurra, es una cosa que se ha estudiado bastante y recuerdo a una investigadora de CONICET en Argentina, Marisa Miranda, que ella lleva varias publicaciones respecto a cómo el discurso de la ciencia fue instalándose en las políticas latinoamericanas. Ella se ha dedicado al tema de la eugenesia, que lo hemos escuchado a partir de las políticas del gobierno de Alberto Fujimori en Perú, cuando se esterilizó a mujeres pobres e indígenas masivamente como parte de las políticas de gobierno, pero esto ocurrió también en Argentina, donde en la primera mitad del siglo XX se instaló la única Facultad de Eugenesia en este continente. Entonces la ciencia no es un elemento ajeno a la política, la ciencia

puede tener mucha influencia para bien o para mal en las políticas de Estado. Y creo que es un tema que en este país no se ha abordado mucho y es necesario empezar a ver, la ciencia no solo como algo que está encerrado en un laboratorio, sino cómo la ciencia se desarrolla en un país y tiene una influencia política, social y económica.

Ahora, la crisis como posibilidad me parece un elemento fundamental. Así como no se debe temer a la diversidad para poder avanzar en conjunto con toda la población, creo que las crisis tampoco son un elemento a temer, sino al contrario, son fundamentales para el desarrollo. Entrar en crisis permite mirar qué es lo que estábamos haciendo, qué no hicimos bien y cómo avanzamos.

El tema de la diversidad, que es por deformación profesional porque me dedico a los temas de equidad e inclusión, tiene que ver con reconocer el valor que esta tiene en las sociedades, y en el caso específico de las universidades, de la academia, la diversidad es mucho más potente. El desarrollo del conocimiento se da en la diversidad, no podemos pensar el desarrollo científico si no tenemos científicos de distintas áreas, formaciones, culturas, porque el desarrollo de la ciencia necesita de puntos de vista distintos y los puntos de vista distintos vienen de personas con formaciones distintas, creencias distintas, culturas distintas, incluso. Todo esto ha sido estudiado durante los últimos años en países como Estados Unidos, sobre todo, donde el tema de defender la diversidad dentro de las universidades ha sido bastante complejo. A veces son cuestiones de sentido común que se nos van olvidando con el tiempo, la mirada ajena siempre es una mirada reveladora, la mirada que nos puede parecer la mirada más ingenua es quizás más reveladora, y el conocimiento común nos lo va mostrando, el cuento del traje nuevo del emperador nos dice a gritos que la inocencia del niño es la que nos dice que el emperador va desnudo, es un conocimiento común pero que tiene de fondo una profundidad que está muy cercana a todas estas investigaciones que nos hablan de la importancia de la diversidad de las distintas miradas.

Jennifer Abate: Gracias, profesores. Quisiera introducir la segunda ronda de preguntas pensando sobre todo en que la profesora Mora señalaba, acerca de que en Chile tenemos una carencia de debate público y de intelectuales públicos, y que el profesor Jocelyn-Holt decía que a su juicio el último movimiento fuerte en este sentido que había visto era a fines de los años 90 en nuestro país. Las segundas preguntas que quiero plantearles son las siguientes: ¿Cuál creen que es el rol de las universidades e instituciones públicas en la formación de este tipo de intelectuales? ¿Cuál es la evaluación del papel que están cumpliendo dichas instituciones en estas materias? Ligo estas dos cosas porque al parecer no se estaría cumpliendo tanto ese rol. Quisiera darle la palabra al profesor Jocelyn-Holt.

Alfredo Jocelyn-Holt: Anteriormente ya dije que los intelectuales en el mundo moderno, con su característica de intelectual público -estoy pensando en personas como Voltaire o Zola, la Ilustración en general-, todos ellos surgieron absolutamente al margen de las universidades. No tuvieron nada que ver con ellas. Hay historiadores como Edward Gibbon, que estudió en Oxford, pero alcanzó a estar muy poco tiempo, quien tiene palabras muy amargas sobre Oxford, dudando que fuera un lugar donde se podía estimular el conocimiento crítico. Las universidades son instituciones que cambian muy lentamente. A veces tienen relaciones muy hostiles con respecto al pensamiento fuera de la norma, además que están vinculadas al poder. El mismo Gibbon mencionaba a John Locke, también malentendido en Oxford, y hablaba de la nulidad científica que podría ser Cambridge en su época. Hoy no podríamos decir lo mismo. Cambridge es uno de los lugares más extraordinarios para hacer ciencia en Europa y es una universidad muy prestigiada. Es que las universidades son muy lentas en acoger pensamientos disidentes, factor que me parece que hay que tener en cuenta y que no se toma debidamente en consideración muchas veces.

Los intelectuales públicos no es que tengan una vocación de intelectual público. Son producto de una necesidad y por eso llegan a serlo. Zola por el caso Dreyfus, Voltaire por el caso Calas; casos que remecen la conciencia y por eso algunos salen a la palestra, irrumpen en el ámbito público, denuncian, alegan, critican normalmente a la autoridad, al pensamiento políticamente correcto predominante, al sentido común del momento. Son personas que emergen de esas situaciones. No es, por tanto, alguien al que se le pueda formar. Uno no puede predecir esa motivación azarosa que puede estallar y luego motiva a una persona. En cambio, tradicionalmente las universidades son lugares donde se cultiva el conocimiento. A ello las universidades modernas le han agregado la característica de crear profesionales, y de un tiempo a esta parte le dan como caja al tema de la “investigación”. Mi problema con las investigaciones en las universidades, particularmente en la Universidad de Chile, es que son muy malas, son de muy mala calidad. Puede que hayan mejorado, pero estamos muy lejos de alcanzar niveles óptimos. Al mismo tiempo estamos desatendiendo la otra tradición de la universidad, que es el conocimiento convencional, tradicional, que es de carácter histórico, filosófico fundamentalmente, muy de nuestra pertenencia al mundo de una lógica occidental, no del mundo extra europeo. Las universidades no fueron creadas por culturas que no hayan sido europeas. Puede haber centros de estudio que se asemejan o que tengan una vinculación con esos otros mundos. Pero las universidades, entendidas en ese sentido histórico occidental, son muy, muy claras. Surgen en el mundo medieval y sabemos cuáles son sus modelos, todos ellos eminentemente docentes, no de investigación, y ese ha sido su peso histórico. Esta universidad, la Universidad de Chile, es una universidad fundamentalmente docente y ese es su valor. Cuando han incursionado en otros ámbitos han generado una cantidad de distorsiones, como por ejemplo exigir publicar en revistas ISI y no

publicar libros, incluso castigar a los libros, lo cual es demencial. Otro tanto eso de estar siempre preocupados de mediciones, impactos, la típica lógica universitaria que de un tiempo a esta parte se ha ido imponiendo, además de la obsesión tremenda con la plata, porque sería para la investigación, dejando de lado la docencia, que es muy mal pagada en universidades actuales. Hay, de hecho, gran cantidad de aditivos e incentivos monetarios para premiar la investigación.

Por lo tanto, pensar que los intelectuales deben tener una formación universitaria propiamente tal me parece absurdo. En cualquier momento se le puede ocurrir a un Vicerrector Académico -los hay y son lamentables, normalmente- que para ser intelectual público se debe escribir en revistas indexadas.

Acabo de publicar el libro *La Escuela Tomada*, de 640 páginas, que se agotó en tres semanas -ojalá la gente lo lea- sobre el mundo universitario. Una radiografía crítica de las universidades y de la investigación, concretamente en la Universidad de Chile. Y es muy curioso, porque en las facultades en que me muevo -Derecho, Filosofía y Humanidades, y Ciencias Físicas y Matemáticas- nadie me lo ha comentado, aunque ha producido un impacto considerable en los medios. Es un libro muy crítico de las universidades actuales y por lo mismo no es acogido. Las universidades le dan la espalda, hacen como que no les interesa. Es que muchos están en una especie de ensimismamiento permanente, agrupados en sectas, grupos, cuando no intentando tomarse los distintos departamentos. Esto ya se ha visto en Estados Unidos, donde el multiculturalismo ha generado distintos lobbies: étnicos, de género, feministas, y se apropian de departamentos enteros. Han constituido las universidades en sectas, trincheras, y pierden el sentido de la universalidad, de la tolerancia y del pluralismo. Y por el otro lado, han ido bajando el nivel, los estándares académicos e intelectuales. Esto ha ocurrido ya en el pasado con nefastas consecuencias. Procesos de radicalización e ideologización hasta convertir a las universidades en trincheras desde las cuales se sale a la calle o se toman la Casa Central, los conocemos. Incluso hay instancias en esta universidad, como el Senado triestamental Universitario, que sesiona en la Casa Central estando esta en toma. Eso es increíble, absolutamente increíble. Esta situación ha rebajado la calidad, la importancia y el rol público de esta universidad, el peso de esta universidad, y la ha transformado en una barricada más cercana a la calle que al conocimiento tranquilo, y tampoco a un razonamiento de intelectual público responsable. A mí me parece que, en esas condiciones, suponer que la universidad tiene un rol que debiéramos estar “formando” suena sospechoso. Esto es como cuando el Gobierno llama a crear educación cívica y resulta que es para adoctrinar, fundamentalmente. Llamar a las universidades a tener una propuesta concreta para formar intelectuales públicos al interior de la universidad se parece más a activismo militante de algún grupo, movimiento, partido específico. Sería patético.

Jennifer Abate: Gracias, profesor Jocelyn-Holt. Profesor Babul.

Jorge Babul: Yo, desde hace mucho tiempo que he estado cercano a los cambios que se han tratado de producir en el pregrado de la Universidad de Chile. A mi manera de ver las cosas, no hemos avanzado en producir cambios con ciertos propósitos, que tampoco son tan claros, y nos dejamos llevar por lo que sucede en Europa, en el sentido que un profesional se pueda desempeñar en cualquier país, etc., y cuando estábamos por hacer cambios en la formación de pregrado aparecieron las competencias y eso significó para mí en ciertos aspectos un retroceso.

Nosotros tenemos problemas en la Universidad en relación a la vocación de los estudiantes. En realidad a los 16, 17 años nadie tiene muy claro qué es lo que le gustaría hacer. Entonces nosotros, a través del Programa de Bachillerato, proponemos que se postergue esa decisión entrando a un ciclo inicial donde el estudiante se relacione con las materias fundamentales que forman parte de las disciplinas y que después, dentro de la Universidad, pueda escoger aquella área y más adelante aquella profesión a la que se quiera dedicar. Iba a decir que por toda su vida, pero las cosas han cambiado e incluso alguien que obtiene una profesión se dedica a cosas distintas de esa profesión, porque uno está cambiando de actividad más frecuentemente y ahí viene la necesidad de integrar las disciplinas y que podría tener muchas ventajas, las que ya mencioné en la pregunta anterior. Hay una tendencia hacia lo transdisciplinar, por ejemplo, ver las materias con los ojos de otra disciplina, que además tiene esa gracia de hacer desaparecer los límites entre las disciplinas y tener algo más integrado.

Yo creo que investigaciones de este tipo están en camino y se están estableciendo redes que podrían ser un beneficio para el sistema universitario chileno y esto tiene como base que no todas las universidades tengan que tener de todo. Las universidades realizan más del 90% de la investigación que se hace en el país, pero lo que no está muy bien es que tres de ellas hagan cerca del 70%.

A mí me tocó participar en la Comisión Presidencial de Ciencia para Chile, que designó la Presidenta Bachelet, y ahí diseñamos un plan de fortalecimiento para las universidades, el desarrollo de las universidades en regiones y de las investigaciones en regiones. Entonces uno podría pensar que una universidad, para existir como tal, debe ser compleja y tener posgrado, pero ¿tendrán todas las universidades que tener astrónomos? No, pero deberían tener un par de profesores que enseñaran eso. Pero en este ejemplo de los astrónomos, deberían estar conectados en una red nacional, no se sentirían solos, sino que formarían parte de una red de astrónomos y podría tener contacto con instituciones internacionales. Y entonces nace algo que nuestro Rector Ennio Vivaldi ha puesto sobre la mesa, que es la colaboración entre las universidades nacionales, potenciar el trabajo que se hace y tratar de que las

universidades estatales surjan con mucha más fuerza. Indudablemente que nosotros podríamos tener la mejor escuela de astronomía del mundo si tenemos la mayor parte de la observación y los instrumentos. Y deberíamos tener la mejor escuela de minas o de asuntos relacionados con minerales si somos grandes productores de minerales, pero no nos atrevemos a hacerlo y recién tímidamente nos estamos metiendo en temas de generación de energía con celdas que capten la energía del sol. Entonces hay algo que tiene que ver con la generación de conocimientos que está en las universidades y que tiene una tendencia a ser más transversal. El mismo Rector ha hecho suyo un programa de educación transversal por problemas que tenemos con nuestros profesores, que no han sido capaces de asociarse para sacar adelante algo que tiene que ver con la docencia y aprendizaje, así que ojalá eso pueda tener un fruto pronto. Yo creo en la discusión y ahí las universidades pueden tener un rol fundamental, el tener una discusión de qué aspectos tienen una base molecular o qué aspectos de los problemas que vivimos son culturales, eso no se ha dado apropiadamente. Esto es bien importante porque aparecen las falsas creencias. Entonces uno podría visualizar a científicos sociales yéndose al lado de la biología molecular y yéndose al lado de las ciencias mal llamadas “blandas”, y podría claramente producirse una división en vez de una integración.

Jennifer Abate: Gracias, profesor Babul. Profesora Mora.

Maribel Mora: Bueno, respecto del rol de las universidades en la formación del intelectual público, yo la verdad creo que la universidad tiene por definición un rol de formadora de ciudadanía y la verdad es que esta imagen de universidad de formadora de profesionales me parece reduccionista respecto al espíritu de lo que es y para lo que ha sido creada.

No me caso con una imagen o con una concepción de estas universidades solamente europeas, porque creo que las universidades, como los distintos elementos de la sociedad, necesariamente van cambiando. Sabemos que no es lo que ocurre, ya que tal como lo decía el profesor Jocelyn-Holt las universidades son bastante tradicionalistas y lentas para cambiar. Pero como representan un nivel de educación superior, debieran de preocuparse de desarrollar una visión un poco adelantada de lo que es la sociedad y cómo esta sociedad va evolucionando. Esto ocurre solo en casos excepcionales y muchas veces la gente tiene que irse de las universidades para poder avanzar, lo que habla bastante mal de los procesos que estas instituciones desarrollan.

Desde ese diagnóstico es que tenemos que pensar una universidad distinta. Si ya sabemos que esta universidad tradicional y tradicionalista no da la respuesta que pudiese dar por el potencial que tiene, entonces tenemos que pensar una universidad distinta que sí se haga cargo de la formación humana, ciudadana, más allá de solo la

formación profesional o investigadora. Creo que la universidad debe volver a hacerse cargo de su rol de educadora. La universidad es el nivel superior de educación y como se ha señalado, debiera tener un rol mucho más activo en pensar no solo la educación, sino que los distintos elementos que componen la universidad actual.

Específicamente en el rol de la formación del intelectual público, si bien no estoy pensando en una carrera que uno pueda entrar y formarse como intelectual, la universidad debiera generar espacios de discusión presencial, o sea pensemos la formación como algo más amplio que la formación profesional y pensémosla en su amplio sentido. Este espacio, por ejemplo, es un espacio de formación. Yo estoy aquí y he aprendido mucho de lo que ha planteado el profesor Babul y el profesor Jocelyn-Holt, así como del resumen que nos va haciendo Jennifer para unir la discusión. Yo creo que los distintos espacios de discusión son espacios de formación, y la universidad tiene que generarlos y así también tiene que generar publicaciones que permitan o difundan estas discusiones y ese también es un espacio de formación. Y es un espacio de formación fundamental, porque tiene un impacto mayor en la sociedad. El profesor Jocelyn-Holt hablaba de las publicaciones que han tenido un impacto importante en la sociedad porque se compran los libros, ese es un elemento que la universidad tiene que rescatar, relevar dentro de sus funciones: las publicaciones de sus propios académicos, intelectuales, sobre todo cuando estas plantean posiciones críticas que tienen que ser discutidas, cómo nos hacemos cargo de estas discusiones, además de sentirnos interpelados. Como decía hace un rato, es necesario que haya discusión y que dejemos de tener solo monólogos en términos intelectuales. Por otra parte, los profesores, dentro de la formación universitaria, dentro de la formación profesional que están desarrollando con sus estudiantes, pueden motivar el pensamiento propio y el pensamiento crítico, y eso es parte también de la formación del intelectual público, si el intelectual público se formó en algún lugar formal o informalmente, tuvo una formación de maestros, de libros, que se dio en un contexto, espacio, tiempo determinado. Y las universidades tienen que fomentar esta formación, sobre todo en los casos de los estudiantes que no han tenido el acceso a esta formación más privilegiada que otros sí tienen. Entonces, cuando esto no viene de la base, es necesario que la universidad se haga cargo de formar no solo profesionales sino que ciudadanos.

Jennifer Abate: Gracias, profesora. Quisiera darles la palabra para que pudieran comentar más libremente lo que otros panelistas comentaron, responder, agregar elementos nuevos.

Alfredo Jocelyn-Holt: Yo estoy de acuerdo, pero hay algunas cosas que son un poco complicadas. Cuando uno habla de pensar en una universidad “distinta”,

nosotros hemos tenido esa experiencia en Chile. La tuvimos con la reforma universitaria a partir de los años 50, 60; el profesor Babul seguramente la conoció muy bien. Realmente fue muy complicado, anticipó ciertos problemas nacionales, porque en esta universidad había una representación política y por lo tanto podía anticipar fenómenos que, de hecho, ocurrieron en el país con posterioridad. Pero hay juicios muy críticos respecto a ese proceso. Concretamente de intelectuales de mucho peso, como Jorge Millas y Mario Góngora. En cuanto a este proceso de “pensar una universidad distinta” en los años 60 y 70, no olvidemos que gente como Mario Góngora sostuvo que no hubo ninguna contribución al pensamiento durante esa época en la universidad. Entonces hay un riesgo en este afán de pensar una universidad distinta. Entiendo el sentido, pero me parece que hay ciertos límites y en Chile los hemos sobrepasado.

Las universidades son instituciones tradicionales y eso no es menor. Se trata de una corporación inicialmente y después deviene en una institución, y es un modelo que ha tenido larga duración y ha sobrevivido distintas etapas, incorporado novedades. Son, además, muy lentas y sólidas en el tiempo. Las universidades que pueden surgir en un país como Chile, en América Latina o en otros lugares, se modelan sobre la base de ellas; no son necesariamente una alternativa distinta. Una de las características de nuestras universidades en América Latina es que son todavía bastante malas en términos de excelencia, en términos de nivel; no compiten internacionalmente y eso ha llevado a ciertas correcciones que son de cuidado, como por ejemplo lo que decía el profesor Babul, de que nos hemos estado modelando últimamente según lo que ocurre, por ejemplo, en algunas universidades de Europa. El Plan Bolonia fue nefasto en Italia, en España, y está demostrando ser totalmente nefasto en países como los nuestros y en Chile en particular. Los países con más fuerte tradición universitaria y de investigación, como los anglosajones, no participan en el Plan Bolonia. Entonces ahí hay un problema muy, muy, complicado.

La Universidad de Chile es la institución tradicional por excelencia en este país. Las dos principales instituciones que se crearon en el siglo XIX en Chile fueron el Congreso Nacional y la Universidad de Chile. Y con características que tienen relación con la educación, como dice la profesora Mora. Ese rol, sin embargo, se perdió. ¿Por qué? Por la insistencia de vincular a esta universidad con el Estado. El Rector de esta Universidad, Ennio Vivaldi, de lo único que habla es de las universidades estatales para diferenciarlas de otras instituciones. Eso es muy peligroso. Eso quiere decir que nosotros nos vamos a someter a los dictados del Ministerio de Educación o al financiamiento del Ministerio de Hacienda, algo totalmente suicida. Es tanto más razonable rescatar la tradición de la Universidad de Chile y su carácter público, no estatal. Lo de estatal me parece un cazabobo. Eso es un punto a tener en cuenta. Ahora, ¿por qué en la universidad actual no se piensa el país? Porque no están

dadas las condiciones. Podríamos pensar este país y tener grandes áreas como astronomía, minas, pero ¿qué impediría que se tomen los observatorios, que se tomen los recintos universitarios, que hagan una huelga? Ese es un problema y, en efecto, tenemos la Casa Central de esta universidad, por ejemplo, tomada por cinco meses. Siendo este el contexto, no están dadas las condiciones.

Decía que he hecho un análisis muy crítico de la Universidad de Chile y de las universidades públicas, pero también soy muy crítico de las privadas. Es que estamos pasando por una etapa de degeneración institucional y no se lo atribuyo solo a los gobiernos anteriores. La dictadura hizo pebre a esta universidad y generó instancias alternativas, pero también han sido muy nefastas la política y el Estado, y también cómo se opera desde el interior. Creo que, en concreto, en la Universidad de Chile se ha estado formando una institución que sirve de trinchera para los sectores de izquierda. Y, para peor, una izquierda que -sería muy largo analizarlo- en Chile está derrotada. Fue derrotada el 73, fue derrotada nuevamente el 88, el 89 en el mundo entero, siendo derrotada muy fuertemente, ante lo cual se utilizan las universidades como un lugar de trinchera donde lamer las heridas. Y por lo tanto hay un propósito político de tomarse las instituciones y eso es lo que conduce a un mayor sectarismo, a un sectarismo al interior y concretamente en la Universidad de Chile, la cual me impresiona por lo cada vez más sectaria que se ha estado volviendo. Estamos tratando de modificar esta Universidad para que en vez de ser una universidad nacional pase a ser una popular, una universidad que acoge a las supuestas “diversidades”. Esto muchas veces se hace a través de discriminación afirmativa, por género, etnia, por historia, etc., y no nos está garantizando los mejores alumnos. Estamos ahuyentando a alumnos que tienen más capital cultural y eso está ocurriendo hace ya tiempo. Esta universidad se está modelando en instituciones como la Universidad de Buenos Aires, que en algunos aspectos es tremendamente militante o activista, o se ha tomado como ejemplo el lado bastante masivo y muy conflictivo que han tenido en determinados momentos universidades como la Universidad Nacional de México, y así, sucesivamente.

Me parece que si ese es el contexto, creo que vamos a encontrarnos con que la Universidad de Chile y las universidades públicas van a tener cada vez menos papel a nivel público, van a seguir siendo un problema. Las noticias de estas universidades son básicamente la falta de plata, el lamento permanente de los rectores por la falta de plata y también tomas, paros y un ambiente sumamente crítico. En la Facultad de Filosofía y Humanidades, donde soy profesor, en el último tiempo hemos tenido los siguientes dos hechos impresionantes: uno, un asalto de la biblioteca donde tenían almacenados libros, donde encapuchados y alumnos que también participaron, quemaron esos libros en la vía pública; el otro caso es que en la misma facultad, en el contexto de las movilizaciones recientes, a un profesor le pegaron un botellazo

en la cabeza y casi lo mataron. A mí me parece que estos dos ejemplos, en esa pura facultad, demuestra que este no es un ambiente de paz, tranquilidad, tolerancia, pluralismo y por lo tanto, idóneo a hacer participar y contribuir desde aquí a temas públicos.

Jennifer Abate: ¿Alguien más quiere tomar la palabra?

Jorge Babul: Yo creo que no existe claridad respecto a las universidades en nuestro país y lo que hacen, y quizás nosotros somos culpables al no decirlo claramente. Existe en la juventud actual algo que no existía en mis tiempos de joven, que es que la universidad se debe al país y que lo que uno hace como investigador, intelectual, pensador, como académico, tenga beneficio para la gente. Yo creo que eso nos ha invadido demasiado, el asunto práctico, porque la gente no ve como beneficio el bienestar personal general, sino el tener más. El sentirse como físicamente bien. Yo me siento bien en esta conversación, es agradable, es bueno. Todo lo que tenemos ahora en todo ámbito tiene que ver con que nos pusieron ahí producto de la evolución o algún ser superior. Observamos y nos hicimos preguntas y las respondimos, y lo que tenemos ahora tiene que ver con eso y eso no es valorado. Entonces nos desentendemos, cosa que no me gusta del aspecto fundamental que es para mí la investigación, que es el indagar, buscar y obtener repuestas, pero dejémoslo a un lado y veamos los aspectos prácticos. En la sociedad actual, si usted no sabe está perdido, o sea, el conocimiento es fundamental para lo que quiera: realizarse como persona, tener mil autos, viajar, lo que quiera, la sociedad actual está basada en el conocimiento. Uno tiene que cultivar su disciplina y tener conocimiento.

Yo me aprendí una cifra hace muchos años, que nosotros no cultivábamos más del 5% o 10% de las disciplinas que se cultivan en el mundo y eso es un problema serio. ¿Por qué? Porque los científicos que estamos en el país tenemos la obligación de captar todo lo que se está haciendo en el mundo y darlo a conocer en el país para que no sea una isla con respecto a los demás países, y eso es muy complicado, porque muchas veces esos conocimientos no son de la *expertise* de uno y es muy difícil hacerlo.

En el programa de doctorado tratamos de darles a los estudiantes un conocimiento por lo menos de lectura en muchos aspectos, de manera que puedan ir a las revistas básicas, leerlas y saber qué pasa en el mundo. Hay una parte que tiene que ver con la formación de profesionales y yo exijo en la Facultad de Ciencias que tengamos grupos de investigación en todas aquellas asignaturas fundamentales para los programas de licenciatura que tenemos y para los títulos profesionales, porque aquel que enseña lo que hace lo va a hacer mejor que el que fue a leerlo a un libro o alguna revista. Esas son las universidades complejas que tienen programas de

doctorado y el profesor Jocelyn-Holt distinguió de las universidades a los docentes, entonces eso es una obligación para formar buenos profesionales, creativos, bien formados por gente que sabe lo que hace.

El segundo punto es aquel que decía yo, que tenemos la obligación de recepcionar lo que se hace en el mundo y repartirlo. Y el tercer punto es lo que yo llamo “la política del entusiasmo”, que tiene que ver con que el país tiene ciertas metas, tenemos un proyecto país y el país vive de algo, así como cada uno de nosotros vive de algo. Entonces, ¿cómo el profesional chileno, que hemos formado en programas de doctorado, contribuye a que se logre el país que nosotros queremos? Para eso tiene que haber planes, proyectos, el Estado o gobierno tienen que tener proyectos para ver de qué vamos a vivir.

En este momento, alrededor del 50% tiene que ver con el cobre refinado y si uno compara ese 50% con el de Japón, allá son aparatos electrónicos y automóviles. Entonces el gobierno podría decir: “Profesor Babul, usted investiga en proteínas y tenemos interés de conocer sobre las proteínas en los peces del norte y tenemos dinero porque queremos vivir de esto. Significa que lo que obtengamos de acá lo vamos a poner en los colegios, hospitales, para que la gente esté mejor”. Eso es una política de entusiasmo y lo mismo podría pasar con el litio, la energía solar. Esos proyectos no se ven, de manera que los estudiantes, antes de ingresar a la universidad, sepan que pueden estudiar algo, después hacer un programa de doctorado y ser empleados en los distintos aspectos que el país tiene como metas para el bienestar de los chilenos. Eso sería fantástico y en estos momentos no existe. Bajo ese punto de vista no estamos bien. Creo que como país podríamos avanzar mucho más y hacer sentir a la gente mucho mejor en diversos aspectos si es que tuviéramos un mínimo de planificación y eso es algo que no cuesta tanto hacer. Ese rol de las universidades debiera ser atacado más intensamente. Hace falta vincular de una mejor manera la actividad profesional con planes de proyecto país que tengan que ver con el bienestar de la gente, visto el desarrollo así no solamente de tener más cosas, sino que la gente prefiera su bienestar que tener más dinero, por decirlo de una manera correcta.

Jennifer Abate: Gracias, profesor. Maribel, para terminar, en honor al tiempo también.

Maribel Mora: Espero adecuarme al tiempo. Primero quiero partir discutiendo esto de pasar de universidad nacional a universidad popular. Yo creo que una universidad nacional es una universidad que se piensa en relación a su país y por lo tanto tiene que tener en sí las distintas visiones que tiene ese país. Yo creo en la representación, a diferencia del profesor Jocelyn-Holt, yo creo en la necesidad de

que las universidades, sobre todo una universidad nacional como la Universidad de Chile, tienen que tener en su interior representada a la sociedad chilena, porque creo también que en todos los grupos humanos hay...

Alfredo Jocelyn-Holt: (Interrumpe) ¿Por cuotas?

Maribel Mora: Sí, yo adscribo a las cuotas, yo creo que la forma como estas se definen...

Alfredo Jocelyn-Holt: (Interrumpe) Cuotas ¿a pesar de la excelencia?

Maribel Mora: Yo creo que las formas de definición de cómo se otorgan esas cuotas en el caso específico de la universidad, necesariamente tiene que atender también a la excelencia, o sea, a los mejores de tales grupos y eso creo que aunque todavía es...

Alfredo Jocelyn-Holt: (Interrumpe) Le doy un ejemplo, yo he escuchado a una alumna invocar su origen étnico para justificar un mal rendimiento, a mí me parece eso inaceptable.

Maribel Mora: Bueno, ese es otro punto que nos aleja un poco de la discusión central, me voy a centrar primero en esto y después podemos conversar ese punto. Creo que una universidad necesariamente es un espacio para el desarrollo de un nivel superior del conocimiento, eso yo lo adscribo, creo que tiene que ser de esa forma. Pero creo también que en todos los grupos humanos hay personas destacadas, independiente de su condición étnica, política, cultural, religiosa, de género, que se discute mucho. Y creo que, por lo tanto, cuando lo que se hace es seleccionar a los mejores de un solo grupo, que es lo que ha estado ocurriendo en los últimos años, nos perdemos como institución la posibilidad de tener esta diversidad de personas que pueden aportar a un mayor desarrollo del conocimiento, creo que es la universidad la que pierde cuando no elige a los mejores de distintos contextos y grupos.

Jorge Babul: ¿Me permite una interrupción muy breve? Yo estaba presente cuando al rector Pérez un estudiante le preguntó: “¿Qué estudiante quiere usted para la Universidad de Chile?”. El rector le respondió: “los mejores”, a lo que le contestaron: “A ver, rector, pero qué significa eso, ¿los que tuvieron mejor familia, alimentación, salud?”. Y ahí el argumento se empezó a debilitar. En cuanto a aquellos que han tenido las mejores oportunidades para ser los mejores, no se trata de que ingresen a las universidades estudiantes que, no sé, llamémoslo como que no son buenos

estudiantes, pero por lo menos que existan las condiciones en este país para que todos aquellos que pueden llegar a ser los mejores, lleguen a ser los mejores. Yo creo que ese es el punto que está detrás y que uno debiera hacer énfasis.

Alfredo Jocelyn-Holt: En calidad de persona, no necesariamente en su calidad de descendiente árabe, mapuche, mujer, transgénero. Empezamos con ese tipo de cuotas independientemente de los méritos de las personas...

Jorge Babul: (Interrumpe) Incluso en las becas de doctorado hay puntajes que se les dan a los de distintas etnias etc., y de sexo, es absurdo.

Alfredo Jocelyn-Holt: Y eso es lamentable.

Maribel Mora: Bueno, yo no estoy de acuerdo con ustedes ¿Por qué?...

Jorge Babul: (Interrumpe) Estoy diciendo que existe, es una descripción, no es un juicio.

Maribel Mora: ¿Por qué no estoy de acuerdo? Porque efectivamente tenemos que reconocer que esta es una sociedad que ha tenido una desigualdad de base y hay personas que han tenido una desigualdad de oportunidades para acceder a la educación superior y, como dice el profesor Jocelyn-Holt, “al mayor capital cultural”. Entonces, si lo ponemos desde el punto de vista de la educación, ¿cómo puedo saber yo que usted, profesor, o usted, profesor, era mejor que otros estudiantes que tuvieron otro tipo de educación distinta a la de ustedes? No lo puedo saber porque hay una formación de base que es distinta y que no implica que usted haya sido mejor que otro o que el otro haya sido mejor que usted, simplemente...

Alfredo Jocelyn-Holt: (Interrumpe) No, pero sí si sabe leer o escribir, esas son cosas muy elementales.

Maribel Mora: Pero déjeme terminar.

Alfredo Jocelyn-Holt: Si tú sabes leer y escribir o no, si das como excusa el no poder escribir correctamente porque perteneces a un grupo que ha sido postergado históricamente, me parece que es inaceptable como justificación.

Maribel Mora: Pero yo voy a discutir específicamente ese punto que usted dice, el acceso es una cuestión tan básica como la lectoescritura. Esto es algo que está estudiado en pedagogía, tiene que ver con de dónde vengo. O sea, no es lo mismo

el niño al que le leen un cuento todas las noches, al que nunca le leyeron un cuento o que nunca tuvo un libro hasta llegar a la escuela. Esos estudiantes tienen una distinta base, entonces van a avanzar de distinto modo.

Alfredo Jocelyn-Holt: Pero nos hemos encontrado muchas veces con personas que no son capaces de expresar y comunicar lo que quieren decir, en esos casos esas personas no debieron haber entrado a la universidad. Si por defecto justifican su presencia ahí porque pertenecen a una etnia postergada, eso no borra el hecho de que no saben comunicarse. Lo mismo podría ocurrir si vinieran de cualquier otro lugar. Me parece que la universidad no es un lugar donde corregir problemas de orden histórico, personal o colectivo de algunos grupos. Cumple otras funciones. Si hacemos ese trabajo remedial, lo más probable es que van a descender nuestros estándares y eso es lo que está ocurriendo.

Maribel Mora: Ahí también discrepo, porque lo que se ha estudiado desde el Ingreso de Equidad, que es el único ingreso especial que hay y que podemos estudiar en el tiempo en la universidad y que es reciente desde el año 2012, la verdad es que la mayor parte que ingresa vía Sistema de Ingreso de Prioridad de Equidad Educativa, que es el SIPEE, no se diferencia al segundo semestre, teniendo apoyo en sus facultades, de los demás estudiantes. No hay datos que nos digan que esos estudiantes tienen un rendimiento inferior si han recibido los apoyos que corresponden. Ahora, evidentemente en las facultades y unidades académicas donde estos estudiantes no tienen apoyo sí se nota la diferencia, pero hay un tema que tiene que ver, específicamente, que son estudiantes que tienen una brecha académica indiscutible y que por lo tanto requieren de apoyos para permanecer y estar dentro de la universidad. No quiere decir que estos cabros son más tontos o que tengan un nivel intelectual inferior, sino que no han tenido la formación.

Alfredo Jocelyn-Holt: No están preparados.

Jorge Babul: Pero por sobre 700 puntos también requieren apoyo.

Alfredo Jocelyn-Holt: Sí, y además pueden bajar el nivel.

Maribel Mora: Ese es un punto importante. Por lo que sí le ha servido a la Universidad de Chile tener estos programas de equidad e inclusión es porque tener a estos estudiantes le ha permitido mirar a todos los otros estudiantes que necesitan apoyo, porque efectivamente no son solamente los que ingresan por vía de equidad los que necesitan apoyo en este momento. La educación en este país ha bajado de tal manera su nivel que estudiantes que tienen 700 puntos son incapaces

de desarrollar un ensayo común y corriente en el pregrado, y eso significa que se necesitan programas de lectoescritura académica, LEA, de apoyo para todos los estudiantes que lo necesiten, independiente de su vía de ingreso. Está también el programa de tutorías que se ofrece a todos los estudiantes de la Universidad y que funciona en todas las unidades académicas. Podemos reconocer que hay un problema de difusión y que no todos acceden, pero son programas que funcionan, son financiados por el Estado y que han servido no solo a estudiantes que vienen de establecimientos de escasos recursos, sino que a todos los estudiantes de la Universidad de Chile que lo requieran.

Ahora, volviendo al punto donde partí, insisto que el talento, como dice Francisco Javier Gil, está igualmente distribuido en todas las clases sociales, culturas, grupos étnicos y por lo tanto, cuando no recibimos a las personas de estos grupos, lo que hacemos es perdernos esos talentos. Por otro lado, desde el punto de vista de cómo esto impacta al interior de la universidad, hay que estudiarlo año a año, hay que ir revisando los datos porque no podemos afirmar en base a suposiciones que la calidad de la educación baja porque hay estudiantes de baja calidad, o que baja por la calidad de la docencia. Hay que revisar todas las prácticas y ver cuáles son los factores que están influyendo si decimos que hay datos de que ha bajado la calidad.

Tercero, el desarrollo de las actitudes democráticas ocurre en diversidad, no podemos decir que somos más o menos democráticos, pluralistas, tolerantes y respetuosos de los demás si la verdad es que no nos enfrentamos a ese contexto. Solo en contextos de diversidad aprendemos a ser respetuosos, tolerantes, a vivir democráticamente, porque de otra manera es solo discurso. No podemos decir que nosotros somos tolerantes con los árabes si no hemos convivido con ellos y no estamos ahí o no nos vemos enfrentados a las situaciones. Cuando yo digo que soy mapuche, mucha gente me dice: “yo respeto mucho a los mapuches”. Y yo les pregunto: “¿Qué sabe usted de los mapuche?” “No, es que yo tuve una nana mapuche”, responden. Cuando uno dice que respeta a alguien es porque conoce algo, no podemos ser respetuosos de algo que no conocemos. Por lo tanto, la manera de aprender a respetar y ser tolerantes es efectivamente exponernos e interactuar en la diversidad.

Hay una académica norteamericana, que se llama Silvia Hurtado, que ha trabajado mucho el tema de clima de campus y que en base a estudios, con datos, cifras, investigaciones específicas, ha concluido que la tolerancia, el respeto y las actitudes democráticas están automáticamente ligadas con la interacción en diversidad. No solo con la exposición a la diversidad, sino con interacción, cómo se genera que personas de distintas situaciones pueden efectivamente interactuar, relacionarse entre sí.

En este momento en la Universidad de Chile las políticas de equidad son políticas de entusiasmo, como decía el profesor Babul, me gustó esa frase, porque se hacen con mucha voluntad y nada de recursos. Entender que tenemos que avanzar en ver

los temas en profundidad. Si tenemos un acceso prioritario en equidad tenemos que tener programas de apoyo financiados y establecidos dentro de la universidad, tenemos que entender que tenemos que generar instancias de formación para que la inclusión de la diversidad sea entendida en lo que significa y dejemos de tener temores como la creación de los guetos y las trincheras, porque eso puede ocurrir en contextos como estos, que no están preparados. Para que no ocurra, para que no nos transformemos en una atomización de sociedades o culturas, se tiene que trabajar con un cambio de paradigma, otra mirada, donde los otros no sea algo que temamos, donde la diferencia no sea un problema sino que un desafío, posibilidad, donde la diversidad sea un elemento que se pueda aprovechar y que no sea el elemento que tenemos que resolver. Incluso esos problemas que nos implica traer la diversidad significa crecer, qué tremendo aporte podemos hacer a la educación desde la Universidad de Chile si generamos una pedagogía de la diversidad, de la inclusión. Sería un tremendo aporte no solo para el país, sino para la pedagogía en general, cómo transformar la pedagogía universitaria, por ejemplo, algo que en otros países ya se está pensando, se hacen cursos de esto, sobre cómo pensar una pedagogía universitaria que permita educar a la diversidad. Gracias.

Jennifer Abate: Gracias, profesora.

Jorge Babul: Yo fui muy utilitario y práctico en los ejemplos que puse, que tenían que ver con el de qué vivimos, pero me gustaría hacer énfasis en cómo vivimos. Allí las humanidades, las ciencias sociales, filosofía, historia, nos pueden ayudar tremendamente a cómo modificar, mejorar, las relaciones que tenemos entre nosotros. Es verdaderamente un desastre cómo la gente se comunica y la falta de respeto hacia el otro. Y obviamente que la Universidad de Chile algo está haciendo al respecto, cosas como estas, ojalá se traduzcan en algunos textos o monografías etc., a las que los demás puedan tener acceso. Pero una universidad como esta, pública, debiera salir más al mundo externo con un estudio como este para contribuir a cómo vivimos. Por lo menos para mí esta conversación ha sido beneficiosa, veo las cosas un poco más claras y veo las obligaciones, y si no las veo yo voy a influir para que otros lo hagan.

Alfredo Jocelyn-Holt: Hay que tener cuidado con las personas que hablan de pluralismo, porque no siempre son pluralistas. El pluralismo es una etiqueta política y tiene como propósito legitimarse, pero no todos los que hablan de pluralismo son pluralistas. Es una nota de escepticismo que me parece sano tener en cuenta.

Jennifer Abate: Gracias, profesores Jocelyn-Holt, Babul y profesora Maribel Mora. Muchísimas gracias.